



**Jornadas**  
**STOP Violencia contra la mujer**  
**Desde la cultura del buen trato**  
*Responsabilidad, respuesta y acompañamiento  
como Iglesia*

## **PRESENTACIÓN**

José Luis Segovia Bernabé. Vicario episcopal de Pastoral Social e Innovación.

Muy buenos días: **Bienvenidas**, bienvenidos a estas Primeras Jornadas diocesanas contra la violencia contra las mujeres, en el día en celebramos la Fiesta de San Juan de la Cruz, hombre de gran finura y trato exquisito para con la mujer, quien dejándose aconsejar precisamente por una mujer impresionante en todos los órdenes, Santa Teresa, inicio la reforma de su orden, y dejó escrito aquello de que "el alma que anda en amor ni cansa ni se cansa". No es precisamente el amor lo que está en juego en estas Jornadas, sino sucedáneos muy peligrosos.

Mis primeras palabras quieren trasladar el **saludo del cardenal** arzobispo de Madrid D. Carlos Osoro a todas las personas asistentes a esta Jornada. Más que unas palabras meramente **protocolarias** el cardenal me ha pedido que os traslade **dos mensajes claros y contundentes**: el **primero** es una palabra de **aliento, de consuelo y de fuerza** a todas las mujeres que sufren cualquier forma de humillación, vejación o maltrato, físico o psicológico: la Iglesia de Madrid quiere que las víctimas la sientan **inequívoca, radical, afectivamente y, efectivamente** de su lado; la Iglesia católica de Madrid toma partido de manera absoluta e incondicional

por las víctimas de una **insufrible y detestable violencia machista** que oculta la pretensión de relaciones de dominación, cosificación y apropiación sobre las víctimas. No es ese el tipo de relación horizontal, pacífica, dialogante e igualitaria a la que nos convoca el Evangelio de Jesús; un Evangelio que denuncia a quienes pretenden imponer la lógica de la violencia sobre el llamamiento a la fraternidad universal, la resolución pacífica de conflictos y el fomento de la cultura del encuentro. El segundo mensaje es de felicitación y apoyo sincero a las personas, fundamentalmente mujeres, y entidades que, como es el caso de la Fundación impulsora de este encuentro, la Fundación Luz Casanova, han hecho frente a esta lacra dando respuestas concretas de acogida, escucha, protección y tutela a las víctimas, creando espacios convivenciales seguros en que las mujeres maltratadas puedan recomponer su vida y la felicidad a que tienen derecho. Particularmente, me ha pedido que os diga a quienes desde el Evangelio os ocupáis de esta parcela del dolor humano, que la Iglesia se siente muy orgullosa de contar entre sus filas con personas de vuestra calidad humana y cristiana y del empeño de vuestra entidad y el de otras congregaciones religiosas, junto con otras instituciones civiles, por dignificar y pacificar las relaciones interpersonales según el sueño del buen Dios, particularmente entre hombres y mujeres, tiñéndolas de la cultura de un cariño auténtico que no es dominación sino el triunfo de la libertad y del respeto mutuos.

No me corresponde a mí hacer una ponencia, pero no puedo dejar de citar algunos datos que nos provocan vergüenza como sociedad y como Iglesia, en cuyo seno tenemos no pocas mujeres maltratadas y, lo que nos he de causar mayor escándalo, también maltratadores. El Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales y e Igualdad, hacia públicos hace unas semanas los datos del año 2015 relativos a Violencia contra la Mujer con unos datos espeluznantes: 1 de cada 8 mujeres sufre alguna forma grave de maltrato. Igualmente se

publicaban datos de la Comisión Europea en 28 países los que se ponía de manifiesto la tolerancia de parte de la población, hombres y mujeres, hacia formas de violencia y abuso sexual contra las mujeres por el hecho de estar borrachas, llevar ropa sugerente, no decir claramente que no o no resistirse físicamente. Esto unido a la todavía ignorancia acerca de las vías existentes para abandonar hacen de las mujeres que sufren violencia un grupo de especial vulnerabilidad.

Como Iglesia no podemos mirar hacia otro lado, ni dejar de sentirnos concernirlos. Tenemos que tener la valentía y la coherencia de dejarnos mirar a los ojos por quienes, las más de las veces encapsuladas en una espantosa soledad vergonzante, sufren este infierno.

Sabemos bien que el perfil de la víctima tiene más que ver con la condición de mujer que con cualquier otra consideración de clase social, cultural, etc. Lo peor es que estos patrones violentos, groseramente machistas parecen estar reproduciéndose entre las generaciones más jóvenes. Sin duda alguna el modelado social que reciben de los mayores no es el más idóneo, ni tampoco el que se deriva de la industria del ocio y los video juegos que reproducen a escala plantearía una cultura machista, violenta, nada empática (más bien psicopática) en la que todo se alcanza mediante el poder a toda costa y en la que vale todo para conseguir resultados a corto plazo.

En este contexto, como nos recordaba el editorial de Alfa y Omega última, en el que en portada se daba noticia de nuestro evento, cosa que agradezco muchísimo a esta casa en la que estamos y cuya hospitalidad no podemos dejar de agradecer, la iglesia tiene una especial responsabilidad frente a la violencia contra la mujer. La tiene si quiere ser un referente moral creíble en la sociedad. Y lo será si caemos en la cuenta de que denunciemos la violencia contra

la mujer pero no estamos inmunizados frente a ella. Muchas de las víctimas son nuestras feligresas y muchos de los depredadores se sientan en los mismos bancos de nuestras parroquias.

No me toca a mí señalar las acciones que puede desplegar la Iglesia para combatir esta terrible pandemia. Sin duda que serán necesario incidir explícitamente en la formación de los sacerdotes y agentes de pastoral, dotarnos de criterios claros y evangélicos de actuación, tener conocimiento de los recursos existentes, visibilizar esta realidad en las homilías y encuentros eclesiales, dejar bien claro que son absolutamente creíbles sus relatos y que mucho antes deben ocuparnos sus silencios, su mirada triste y esquiva y la tragedia que ocultan cuando aún no son capaces de decir nada.

Todo será poco si no nos posicionamos radicalmente del lado de las mujeres víctimas de toda forma de violencia. Poco si no mostramos nos resultan absolutamente creíbles a priori y que tomamos partido de manera incondicional en su favor. No nos es lícito separarnos de su vera, no nos está permitido bajarnos de este tren en marcha y abandonar un empeño como el que motivan estas Jornadas; no podemos apartarnos de las cruces, sino empeñarnos en desclavar con toda la ternura y toda prontitud a quienes hombres sin escrúpulos han fijado en ellas.

Ojalá que la Iglesia, que las parroquias y comunidades cristianas sean territorio seguro para las víctimas. Ojalá que desechemos de nuestro lado toda forma violencia y machismo. Las más evidentes de alta intensidad y las no menos peligrosas de aparente baja intensidad, escondidas en forma de control obsesivo sobre la vida, el móvil o la autonomía de la otra. Ojalá que frente a su desesperante soledad, sepamos aportar el acompañamiento y los recursos efectivos, como Iglesia y como sociedad, que por cierto no pueden estar

condicionados por los pasos procesales dados o dejados de dar, tantas veces condicionados por el miedo insuperable al agresor.

La Fundación Luz Casanova es buen exponente de buenas prácticas. Mil gracias por vuestro excelente trabajo y por habernos enredado en este empeño que hemos asumido muy gozosamente. Quiera Dios que estas primeras Jornadas sean un paso significativo para combatir esta lacra, que especialmente nos avergüenza a los hombres, y nos ayuden a mostrar el camino de la incondicionalidad hacia las víctimas, la cultura del respeto que debemos instaurar en todas las relaciones humanas y nos haga abandonar toda forma de silencio cómplice que legitima socialmente al agresor.

Termino con una afirmación rotunda, desde la experiencia del acompañamiento personal a víctimas. De este infierno las mujeres pueden y saben salir. Se puede abandonar el círculo perverso de la violencia contra la mujer y la mujer, convenientemente empoderada, puede abandonar su papel de víctima y la perniciosa espiral de culpabilidad y desentendencia a la que le ha sometido su depredador.

Concluyo con la invitación de la *Amoris Laetitia* 53 del Papa Francisco que nos invita a superar relaciones de autoritarismo y violencia en las relaciones familiares, y con una cita de Erich Fromm en "El arte de amar", cuando concluye que "el amor verdadero es hijo de la libertad y nunca de la dominación".

Gracias de nuevo a todas las personas, entidades e instituciones que lo han hecho posible y a Alfa y Omega por su acogida en su Casa. Que disfrutemos de una excelente Jornada.